

LAS REGLAS DE LAS FINANZAS PÚBLICAS¹

Paco Jiménez Orantes

[El Principio Federativo](#)

Desde que Adam Smith publicó en 1776 «*La Riqueza de las Naciones*» se da por hecho que la política económica es una de las herramientas principales de los gobiernos. Haciendo una caricatura rápida, Adam Smith defendía que el gobierno debía dejar libre el mercado para que se autorregulara, que así es como crecería de la mejor manera la riqueza de las naciones; Marx defendía en 1867 que la riqueza generada por el sistema liberal-capitalista se repartía de manera profundamente injusta y que era necesaria una intervención completa de la economía en favor del proletariado; Keynes reconocía en 1936 que el sistema liberal-capitalista tenía fallas que se tenían que corregir para evitar terribles crisis cíclicas, y que para ello se podía aprovechar un peso acentuado del gasto público, financiado con impuestos (en tiempos de bonanza) y con déficit presupuestario (en tiempos de crisis); Milton Friedman decidió en 1962 suprimir dos siglos de pensamiento para volver a Adam Smith, añadiendo que los servicios públicos están muy bien si los gestiona el sector privado y se hacen pagar a los que los usan; y en esas estamos.

Con la suficiencia que da mirar atrás, podemos decir que las propuestas más genuinas de todos estos grandes teóricos fracasaron poco o mucho, al menos a largo plazo. El liberalismo económico de Adam Smith contribuyó al colosal crecimiento que acompañó a la Revolución Industrial, transformando el Mundo entero. Pero muy pronto se vio que los

1 Este artículo sigue al que ya publiqué aquí:

<http://www.elprincipifederatiu.cat/wp-content/uploads/2017/05/Las-reglas-1.pdf>

beneficios del crecimiento se los quedaba en mayor proporción aquel que ocupara una posición de fuerza respecto de los otros. Los otros eran los trabajadores, el proletariado, desde la perspectiva de los procesos de producción y desde la perspectiva del comercio, los competidores de los países más débiles. De aquí vinieron no una sino dos guerras mundiales durante la primera mitad del siglo XX, precedidas por un buen puñado de guerras coloniales y la represión feroz de los movimientos obreros en todo el mundo industrializado.

El marxismo inspiró un sistema económico alternativo en la Unión Soviética, China y en otros muchos países en diferente grado. Este sistema consistía en la intervención completa de la economía por parte del Estado, suprimiendo al menos en teoría la propiedad privada, planificando de forma centralizada el sentido y la implementación de las decisiones económicas y repartiendo de forma teóricamente igualitaria los frutos del trabajo de todos. Desgraciadamente la práctica no fue fiel a la teoría ni en su aplicación ni en sus efectos. Para empezar el sistema debía implementarse y mantenerse casi siempre y en general haciendo uso de la fuerza sobre la mayoría de la población, desincentivando la eficiencia y la innovación. Encima dio lugar a una forma propia de corrupción que combinada con los otros factores llevó al abandono del modelo a partir de 1989, 70 años más tarde del inicio del experimento.

El Keynesianismo nació con un éxito fulgurante, aportando fórmulas políticas para favorecer la milagrosa recuperación de las economías capitalistas después de la Segunda Guerra Mundial y encima ofrecer a las masas de asalariados una participación significativa en los beneficios del crecimiento, por la vía de un Estado protector y prestador de servicios y con políticas reales de redistribución de las rentas. Este sistema ha sido abandonado (o está siendo abandonado si se desea) por dos problemas: uno ha sido que el sostenimiento del modelo dependía de la fuerza política de los asalariados, y esta fuerza se ha derrumbado por la desaparición de la llamada *amenaza comunista*, la deslocalización del sector industrial y el consecuente aumento del paro en los países desarrollados; y el otro problema ha sido el mal uso de los mecanismos de transferencia de renta intergeneracionales. Explicaré un poco más este último.

Decía al principio que la propuesta de Keynes consistía en incrementar el papel del

Estado en la Economía. Se trataba de que actuara de contrapeso de las fluctuaciones de la economía de mercado, enfriando con más impuestos la Economía en períodos de crecimiento acelerado y estimulando el crecimiento con inversiones y servicios públicos en épocas de estancamiento, completando en este caso la financiación de los presupuestos públicos con déficit fiscal, devaluación monetaria o, si es posible, endeudamiento exterior. Se trata en definitiva de mecanismos de redistribución de rentas entre contribuyentes en el primer caso y entre generaciones en el segundo caso (la deuda que genera la generación de hoy la debe pagar la generación de mañana, presuntamente más rica). Lo que ha pasado, sin embargo, es que durante años los gobiernos han tenido muchos incentivos de tipo político para, por un lado reducir impuestos y por otro lado mantener la paz social, manteniendo altos la inversión y el gasto público a costa de déficit presupuestario y endeudamiento. Y claro, en algún momento alguien tiene que pagar, y quien tiene más fuerza se quiere ahorrar hacerlo.

Y qué decir de Milton Friedman. Sus postulados no parecen en realidad una receta para mejorar el Mundo sino más bien un plan de batalla para esquilmar al 99% de la población en beneficio del 1% más poderoso. A diferencia de Adam Smith, Milton Friedman ya no piensa en la prosperidad de ninguna nación, se mira la Economía Global como una sola y teoriza sobre lo que hay que hacer para asegurar que los más fuertes se queden un trozo más y más grande del pastel a costa de los más débiles y los más prescindibles. En Friedman el liberalismo se transforma en un darwinismo social despiadado en el que el Estado pasa a ser sólo el policía y el recaudador de prebendas y comisiones. Este sistema todavía no se ha derrumbado, pero lo hará y, si me lo permiten, se merece derrumbarse.

Y a donde quiero ir a parar con este repaso exprés de la historia del pensamiento económico? Pues a tratar de aprender de aciertos y errores pasados y dejar establecidas algunas conclusiones en forma de reglas para el gobierno de las finanzas públicas:

1. El libre mercado falla a menudo allí donde hay posiciones de ventaja. Deberíamos hacer caso de los políticos que proponen medidas para intervenir los monopolios (haciendo pública su gestión) y dictar leyes protectoras de los más débiles en las relaciones económicas, y no hablo sólo de los asalariados cuando hablo de los

más débiles.

2. Las políticas públicas deben financiarse con impuestos, no con créditos, ni con déficit, ni imprimiendo más papel moneda. Se debe expulsar a todos los teóricos de la Economía de las oficinas de presupuestos, se debe gobernar para la gente, no para la macroeconomía.
3. Si a pesar de todo conviene contratar un crédito, debe hacerse ligando indisolublemente su devolución a la existencia real de nuevos ingresos o nuevos ahorros de gasto futuros, en tiempo y de importe suficiente como para responder de la devolución de todo el crédito . Y si los nuevos ingresos o los nuevos ahorros no se producen, el crédito se declara fallido y no se devuelve. Se acabó esta práctica de hipotecar el futuro de forma irresponsable.

El caso de las pensiones merece un artículo aparte.